

Actualidad Económica, 2008

LEOPOLDO RECITANDO A QUEVEDO

Luis M. Linde

Director Ejecutivo en el BID

Conocí personalmente a Leopoldo Calvo-Sotelo en el otoño de 1980, cuando era vicepresidente económico con Suárez. Juan Antonio García-Díez, que entonces era ministro de Economía y Comercio, le dijo que yo podría ayudarlo a preparar alguna intervención pública. Yo era el Secretario General Técnico con García-Díez y Leopoldo ocupaba un despacho en nuestro ministerio, en el entonces casi recién estrenado edificio de la Plaza de Cuzco. Leopoldo me recibió cortésmente. Tenía fama de ser serio, exigente e irónico con los errores y distracciones de los que trabajaban para él, aunque debo decir que trabajar con García-Díez era una excelente preparación para la prueba.

Todo iba bien esa primera vez que me recibió hasta un momento en que se me ocurrió predicar de alguien “su honestidad”. Calvo-Sotelo se me quedó mirando y me preguntó: “¿Quieres decir que (fulanito) no fornicaba entre horas?”. Claro, contuve una carcajada. Por lo que siguió después, me empecé a dar cuenta de que Leopoldo reunía varias facetas que no se ven juntas con frecuencia: era un brillante ingeniero de Caminos y una persona con experiencia de gestión empresarial pero, además, alguien con muchas lecturas, que daba gran importancia al uso correcto de las palabras y que detestaba la pedantería y los razonamientos enrevesados y poco claros. Luego me enteré de que era también pianista aficionado, lo que terminó de desconcertarme. Era, sin duda, el

más cultivado de nuestros políticos (de cualquier partido) de primera fila, tenía una aguda, pero no agresiva –salvo en contadas ocasiones, con personajes particularmente irritantes- capacidad irónica y un constante sentido del humor. Tenía muchas historias divertidas. El relato de sus entrevistas con Franco “de gallego a gallego”, como parece que le decía, para asombro, podemos suponer, del dictador, o de sus discusiones y desencuentros con Fraga, eran desternillantes.

Tuve, así, la suerte de trabajar para él en aquellos dos años tremendos (escándalo de la colza, doscientos asesinatos de ETA, acoso contra y dimisión de Suárez, intento de golpe de Estado, grave crisis energética, continua subida del desempleo, entrada en la OTAN) que precedieron la gran victoria del PSOE en octubre de 1982. Ir a verlo, comentar algo con él o recibir sus instrucciones y explicaciones, incluso ya muy al final de su mandato, en visitas casi melancólicas a la Moncloa en septiembre y octubre de 1982, fue para mí un placer y un honor.

Pero querría referirme a, lo que yo entiendo, fueron sus dos principales aportaciones como presidente del gobierno a la consolidación de la democracia en España: la entrada en la OTAN y el juicio del 23-F.

La entrada en la OTAN, a pesar de la tremenda y demagógica (como lo probó su posterior rectificación) campaña organizada por el PSOE, fue resultado de su firmeza y de su claridad de ideas. No todos los miembros de su gobierno, ni todos los líderes de UCD, estaban de acuerdo en exponerse al brutal desgaste electoral que para UCD significaría, y significó, culminar la adhesión. Pero Leopoldo consideró que, en conciencia, él no podía dejar pasar la ocasión, porque esa sería la primera gran prueba del éxito de la transición, el primer reconocimiento internacional –el segundo sería el ingreso en la CEE- de la “normalización occidental” de España.

Ya a finales de 1981 y comienzos de 1982 era claro que las posibilidades de UCD de ganar las elecciones eran mínimas y que, además, el partido se estaba descomponiendo a toda velocidad. Algunos, entre ellos García Díez, con el que tenía confianza y amistad, entonces Vicepresidente de Gobierno, le decían que cada mes que esperase para disolver y convocar elecciones aumentaba las probabilidades no ya al triunfo del PSOE, que parecía inexorable, sino de una hecatombe de UCD. Pero Leopoldo se negó a disolver antes de concluir el juicio del 23 F con un argumento que era estrictamente patriótico, políticamente desinteresado y que, finalmente, aceptó todo su gobierno: no podía haber disolución, elecciones y cambio de gobierno sin acabar antes el juicio de los autores del 23-F; el gobierno de UCD no podía pasarle este asunto abierto al primer gobierno que iba a formar el PSOE después de la guerra civil. Leopoldo sabía perfectamente lo que esta decisión significaba y la mantuvo.

Ya fuera de la actividad política, en los 90, me seguía convocando, con menor frecuencia de lo que a mí me habría gustado, a su despacho de la calle de Alcalá, para pedirme opinión sobre algo que estaba escribiendo o, simplemente, para comentar la actualidad. La última vez que lo vi, hace unos meses, en una comida de un grupo de amigos, hablando de la historia de España al comienzo del XVII, me recitó, sin un fallo, el famoso soneto de Quevedo a la muerte del III duque de Osuna, que habla de España y del amor a España. Que Leopoldo, a sus 82 años, lo recordara perfectamente de memoria, dice algo sobre lo que, detrás de su máscara seria y algo impenetrable, sentía al final de su vida.